



PARTE SEGUNDA

I.

A las cinco se puso la luna, y quedó la madrugada muy oscura. Todos dormían aún en casa de los señores Deneulín; el antiguo caserón de ladrillos permanecía silencioso y sombrío, las puertas y ventanas estaban cerradas, y desierto el mal cuidado jardinillo que separaba la casa de la plataforma de *Juan-Bart*. Por el otro lado pasaba el camino de Vendome, un pueblecillo oculto detrás del bosque, á unos tres kilómetros de distancia.

Deneulín, cansado de haber pasado un gran rato el día antes en el fondo de la mina, roncaba como un bendito, con la nariz entre las sábanas, cuando soñó que le llamaban. Acabó por despertar; oyó realmente una voz que le nombraba, y corrió

á abrir la ventana. Era uno de sus capataces que estaba en el jardín, al pie de la ventana de su alcoba.

—¿Qué hay?—preguntó.

—Señor, una sublevación; la mitad de la gente no quiere bajar al trabajo, y han ido á impedir que trabajen los demás.

Sin duda comprendía mal, porque no estaba bien despierto.

—¡Pues obligadles á que trabajen, con mil rayos!—murmuró.

—Ya hace una hora que están con eso—replicó el capataz.—Por eso se nos ha ocurrido venir á buscareos. Solamente vos lograréis, acaso, que obedezcan.

—Bueno; allá voy.

Se vistió en un dos por tres, lleno de inquietud. Aunque se hundiera el mundo, ni el criado ni la cocinera despertaban; pero arriba, en el piso principal, oyó voces que cuchicheaban; y al salir, vió abrir la puerta de la escalera y aparecer á sus dos hijas, quienes se habían echado rápidamente un peinador.

—Papá, ¿qué es eso?—dijeron.

La mayor, Lucía, tenía veintidós años; era alta, morena, muy guapa; mientras Juana, la menor, que tendría apenas diecinueve, era baja, rubia y muy graciosa.

—Nada grave—respondió él para tranquilizarlas.—Parece que han armado un escándalo en la mina, y voy á ver.

Pero ellas protestaron, porque no querían que se fuese sin tomar algo; si no, volvería malo, y se quejaría del estómago como de costumbre. El padre se excusaba diciendo que tenía mucha prisa.

—Escucha—dijo Juana colgándose á su cuello: —toma siquiera una copita de ron y dos galletas; si no, no me suelto de tu cuello, y tendrás que llevarme contigo.

Deneulin tuvo que resignarse, si bien diciendo que de seguro le sentarían mal las galletas. Ya bajaba cada una de ellas con un candelero en la mano. Abajo, en el comedor, se desvivieron por servirle cariñosamente, una dándole el ron en la copa, la otra corriendo á la despensa en busca de una caja de galletas. Como habían perdido á su madre siendo muy jóvenes, se habían educado á sí mismas, bastante mal, muy mimadas por su padre: la mayor, soñando siempre con cantar en el teatro, y su hermana, loca por la pintura, y con unos atrevimientos de artista que la singularizaban. Pero cuando hubo que hacer economías en la casa, á consecuencia de grandes pérdidas de fortuna, había surgido en aquellas muchachas de aspecto extravagante, verdadero instinto de mujeres de su casa, muy arregladas, y cuyo cuidado extremo descubría hasta las sisas de algunos céntimos cuando tomaban la cuenta de la cocinera. En la actualidad, con su aire de artistas un tanto hombruno, eran las dueñas del dinero, escatimaban todos los gastos superfluos, reñían con el tendero y el carbonero, re-

mendaban hábilmente la ropa, y, á fuerza de esmero, ocultaban los apuros pecuniarios que pasaba la familia.

—Come, papá,—repitió Lucía.

Luego, observando la preocupación que el señor Deneulin no lograba disimular, participó ella también de la misma, y se sintió sumamente inquieta.

—La cosa debe ser grave, cuando pones esa cara y no quieres decirme nada... Pues, mira, nos quedamos en casa, y que se pasen sin nosotras en el almuerzo.

Hablaba de los proyectos forjados para aquella mañana. La señora de Hennebeau debía ir á buscarlas en carruaje, después de recoger á Cecilia Gregoire en su casa, para ir todas reunidas á Marchiennes, con objeto de almorzar en una fábrica, invitadas por la señora del Director de la misma. El objeto era visitar detenidamente unas máquinas nuevas que acababan de ser instaladas.

—¡Pues claro está que no iremos!—declaró Juana á su vez.

Pero su padre se enfadó.

—¡Vaya una tontería!—dijo.—Os repito que esto no es nada... Hacedme el favor de volver á la cama, y vestíos á eso de las nueve, según quedó convenido.

Les dió un beso á cada una y se apresuró á salir.

Juana tapó cuidadosamente la botella del ron, mientras su hermana iba á guardar bajo llave la caja de las galletas. La habitación estaba muy lim-

pia, pero con esa limpieza fría, peculiar á los comedores cuya mesa no es muy suculenta. Las dos muchachas aprovecharon el madrugón para pasar revista á todo y ver si habían dejado los criados cada cosa en su sitio; hallaron una servilleta tirada en un rincón, y decidieron echar una filípica al criado. Luego volvieron á subir á sus habitaciones.

Deneulin, por el camino, iba pensando en su fortuna, comprometida de mala manera en aquella acción de Montson que había vendido; en aquel millón realizado poco tiempo antes, y que ahora se hallaba en gravísimo peligro. Era una serie no interrumpida de desgracias, de reparaciones enormes, é imprevistas condiciones ruinosas de la explotación; luego aquella crisis industrial, precisamente en el momento de empezar á cobrar beneficios. Si la huelga se declaraba entre sus mineros, estaba perdido. Empujó la puertecilla del jardín: los edificios de la mina se adivinaban en la oscuridad, gracias á unos cuantos faroles.

Juan-Bart no tenía la importancia de *La Voreux*; pero como la instalación era nueva, el aspecto de la mina era muy bonito, según la frase de los ingenieros. No sólo habían ensanchado en más de un metro la boca del pozo y dádole hasta setecientos ocho metros de profundidad, sino que habían montado máquinas nuevas, ascensores nuevos, todo el material con arreglo á los últimos adelantos de la ciencia; y hasta en los pormenores más pequeños se notaba cierta elegancia, cierta coquetería: un ta-

ller de cerner con alumbrado nuevo, un ventilador adornado con un reloj, un cuarto de máquinas donde todo brillaba perfectamente limpio y perfectamente cuidado, y hasta la chimenea era elegante, y hecha de mosaico con ladrillos negros y encarnados. La bomba de desagüe se hallaba colocada en el otro pozo de la concesión, en la antigua mina *Gaston Marta*, reservada únicamente para ese uso. En *Juan-Bart*, á derecha é izquierda del pozo de extracción, se veían otros dos pozos pequeños, uno para un ventilador de vapor y otro para las escalas.

Aquella mañana á las cuatro llegó Chaval el primero, para hablar con los compañeros y convencerles de que era necesario imitar á los de Montson, y pedir un aumento de cinco céntimos en el precio de cada carretilla. Pronto los cuatrocientos obreros del fondo salieron de la barraca, para entrar en la sala del pozo de bajada en medio de un tumulto extraordinario. Los que querían bajar tenían la linterna en la mano, estaban descalzos y con las herramientas debajo del brazo; mientras que los otros, todavía con los zuecos puestos, sin quitarse los capotes, porque hacía mucho frío, interceptaban la boca del pozo; y los capataces se habían puesto roncós, voceando que no debía nadie oponerse á que trabajaran los que tuviesen voluntad de ello.

Pero Chaval se enfureció al ver á Catalina vestida de hombre y dispuesta á bajar. Aquella mañana le había ordenado que no saliera de casa. La muchacha, sin embargo, desesperada al pensar que

podían quedarse sin trabajo, le siguió, porque su amante no le daba jamás dinero, y á menudo tenía élla que pagar sus cosas y las de él; ¿qué le iba á suceder si dejaba de ganar? Tenía miedo, mucho miedo á cierta casa pública de Marchiennes, donde acababan las mineras jóvenes que se encontraban sin hogar y sin pan.

—¡Por vida de Dios!—gritó Chaval.—¿Qué vienes tú á hacer aquí?

A lo cual contestó élla, que, como no tenía rentas, necesitaba trabajar.

—¡Conque te pones contra mí, bribona!... Vuelve corriendo á casa, ó te hago yo ir á puntapiés.

Catalina, asustada, retrocedió; pero no se marchó, resuelta á estar allí, hasta ver en qué quedaba la cosa.

En aquel momento se presentó Deneulín. A pesar de la escasa claridad de los faroles, abarcó con una sola mirada el cuadro que se presentaba á su vista, cuyos pormenores le eran conocidos, porque se sabía de memoria la cara de cada uno de sus obreros. El trabajo estaba detenido: la máquina, que había hecho ya vapor, silbaba de vez en cuando para desahogar; los ascensores colgaban inmóviles de los cables; las carretillas, abandonadas, veíanse detenidas sobre los rails. No habían tomado más que unas ochenta linternas; las demás lucían aún en la lampistería. Pero una sola palabra suya bastaría para evitar el conflicto, y la vida normal del trabajo se restablecería en seguida.

—¡Hola! ¿Qué es eso, hijos míos?—preguntó en alta voz.—¿Qué quejas tenéis? Explicádmelas, y de seguro que nos entenderemos en seguida.

Ordinariamente se mostraba muy paternal con sus obreros, aunque muy exigente también. Con ademán autoritario y bruscos modales, trataba primero de conquistarlos con buenas palabras; y á menudo se hacía querer, aunque lo que los obreros respetaban en él era al hombre valeroso, que compartía con ellos las rudas fatigas de las minas, y que era siempre el primero cuando ocurría algún accidente peligroso. Dos ó tres veces, después de explosiones de grisú, se había hecho bajar al fondo de la mina, atado á unas cuerdas, cuando los más animosos se hacían atrás.

—Vamos—replicó;—supongo que no iréis á dejarme mal, después de haber respondido de vosotros. Ya sabéis que me he negado á que vinieran aquí los gendarmes... Hablad, que ya os escucho.

Todos callaban, turbados delante de él, y separándose de allí; al fin, Chaval tomó la palabra, y dijo:

—Señor Deneulín: la verdad es que no podemos continuar trabajando, si no se nos dan cinco céntimos más por cada carretilla.

El dueño de la mina pareció muy sorprendido.

—¡Cómo! ¡Cinco céntimos! ¿Y á qué viene esa exigencia? Yo no me quejo, ni de vuestra manera de apuntalar, ni trato de imponeros una nueva tarifa, como hace con sus obreros la Compañía de Montson.

—Es verdad; pero, así y todo, los compañeros de Montson tienen razón. Rechazan la tarifa, y exigen un aumento de cinco céntimos, porque es imposible trabajar con los jornales actuales... Queremos cinco céntimos más: ¿no es verdad, compañeros?

Algunas voces asintieron á lo que decía Chaval, y el tumulto empezó de nuevo. Poco á poco todos los obreros se iban acercando, y formando estrecho círculo.

En los ojos del señor Deneulín brilló un relámpago de rabia, y tuvo que hacer un esfuerzo para no aparecer el hombre aficionado á los procedimientos de fuerza, cogiendo á uno por el pescuezo, y ahogándolo. Prefirió discutir y hablar tranquilamente.

—Queréis cinco céntimos más, y concedo que vuestro trabajo los merece; pero yo no puedo dároslos. Si os los diera, me arruinaría sencillamente... Comprended que es necesario que yo viva para que viváis vosotros. Y estoy tan apurado, que el menor aumento me desnivelaría... Acordáos de hace dos años, cuando la última huelga. Accedí á lo que pedisteis, porque todavía me era posible hacerlo. Pero aquel aumento de jornal fué desastroso para mí, y desde entonces me tiro de una oreja y no me alcanzo la otra... Hoy preferiría dejar que todo esto se fuese al demonio, al verme el mes que viene en el caso de no tener dinero para pagarlos.

Chaval sonreía maliciosamente enfrente de aquel

propietario que con tanta franqueza les contaba sus apuros. Los otros bajaban la cabeza con ademán incrédulo, no pudiendo comprender que el propietario de una mina no ganara millones y millones á costa de los obreros.

Entonces Deneulín insistió, explicando su lucha contra la Compañía de Montson, la cual andaba siempre deseando el momento de su ruina. Le hacía una competencia tremenda, que le obligaba á ser económico, tanto más, cuanto que la profundidad de *Juan-Bart* aumentaba los gastos de extracción, condición tan desfavorable, que apenas se veía compensada con la ventaja de que la capa de carbón tenía más espesor allí que en Montson. Jamás hubiera aumentado los jornales á consecuencia de la última huelga, si no se hubiera visto obligado á imitar á sus adversarios, temiendo que sus obreros le abandonasen. Es verdad que éstos hubieran perdido tanto como él sometiéndose al yugo de la Compañía de Montson, después de obligarle á vender la mina. Él no era un dios desconocido, encerrado en lejano y misterioso tabernáculo; no era uno de esos accionistas que dan sueldos á un director-gerente para que atormente al obrero y le saque el jugo; era un propietario que, además de su dinero, arriesgaba su inteligencia, su salud, su vida entera. La huelga iba á ser la muerte, ni más ni menos. No tenía nada almacenado, y por fuerza debía servir los pedidos que se le hacían. Por otra parte, el capital que representaba el material no

podía permanecer inactivo sin irse al diablo. ¿Cómo había de cumplir sus compromisos? ¿Quién pagaría los intereses de los capitales que le habían confiado sus amigos? Tendría que declararse en quiebra.

—¡Ya veis si os hablo con franqueza, amigos míos!—dijo para terminar.—Quisiera convencerlos... No se puede pedir á un hombre que se ahorque á sí mismo, ¿no es verdad? Y ya os dé los cinco céntimos de aumento que pedís, ya os deje que os declaréis en huelga, para mí es lo mismo que si me cortaran el pescuezo.

Calló. Una parte de los obreros parecía titubear; algunos se acercaron á la boca del pozo, como si se dispusiesen á bajar.

—Por lo menos—dijo un capataz,—que cada cual sea libre de hacer lo que quiera... ¿Quiénes son los que desean trabajar?

Catalina fué una de las primeras que se adelantaron. Pero Chaval, furioso, la rechazó brutalmente, exclamando:

—Todos estamos de acuerdo; sólo los traidores y los cobardes son capaces de abandonar á sus compañeros!

Desde aquel momento la conciliación pareció imposible. Empezó de nuevo la gritería, y hubo empujones mayúsculos para alejar del pozo á los que se habían acercado al ascensor, á riesgo de aplastarlos contra la pared. Por un momento, el director, desesperado, tuvo el propósito de luchar solo, á puñetazos, con toda aquella gente; pero hu-

biera sido una locura inútil, y tuvo que retirarse. Entró en la oficina de recepción, y se sentó en una silla, tan desesperado ante su impotencia, que no se le ocurría ninguna idea. Por fin se calmó, y dijo á un vigilante que llamase á Chaval; después, cuando éste consintió en celebrar la entrevista, alejó á todo el mundo con un gesto.

—Dejadnos solos—dijo.

Deneulín se proponía romper la crisma á aquel mocetón. Desde el primer momento había comprendido que estaba lleno de vanidosa envidia. Pero antes de emplear medios violentos, recurrió á la adulación, afectando sorprenderse al ver que un obrero tan bueno como él comprometiese de aquel modo su porvenir. Le dijo que hacía tiempo había pensado en él para un ascenso, y acabó por ofrecerle francamente la primera plaza de capataz que vacase. Chaval le escuchó en silencio; primero con los puños apretados, después mucho más tranquilo. En su cerebro se verificaba una gran labor; si insistía en lo de la huelga, jamás pasaría de ser el lugarteniente de Esteban, mientras que ahora concebía una nueva ambición: la de figurar entre los jefes. El orgullo se le subía á la cabeza, y le embriagaba. Por otra parte, la partida de huelguistas de Montson, que debía haber llegado por la mañana, no iría á *Juan-Bart*, porque sin duda la había sucedido algo cuando ya no estaba allí. Acaso habría tropezado con los gendarmes: la verdad era que había llegado la hora de someterse. Esto no obstante,

seguida diciendo que no con la cabeza; se las echaba de carácter incorruptible, dándose puñetazos en el pecho. Al fin, sin hablar á Deneulín de la cita que había dado á los de Montson para aquella mañana, le prometió tratar de calmar á sus compañeros y de decidirlos á que bajasen.

Deneulín continuó escondido, y los capataces también se quitaron de en medio. Durante una hora estuvieron oyendo á Chaval, que peroraba y discutía desde lo alto de una vagoneta. Un grupo numeroso de obreros le vitoreaba, mientras unos ciento quince ó ciento veinte, indignados, se alejaron de allí, decididos á mantener la resolución que les hiciera adoptar antes. Eran ya más de las siete; estaba amaneciendo, cuando de pronto empezaron los trabajos normales de la mina, comenzando por la máquina, que puso en movimiento los cables del ascensor. Luego, entre el estruendo de las voces de mando y de las señales para la maniobra, empezó la bajada de los mineros; y los ascensores, subiendo y bajando sin cesar, dieron al pozo su acostumbrada ración de hombres, mujeres y chiquillos, mientras arriba, en la plataforma, arrastraban las vagonetas hasta el taller de cerner, con gran estrépito.

—¡Por vida de Dios! ¿Qué demonios haces ahí! —exclamó Chaval, viendo á Catalina, que esperaba su turno para bajar. —¡Anda pronto, y no te hagas la remolona!

A las nueve, cuando la señora de Hennebeau llegó á casa de Deneulín en carruaje con Cecilia,

encontró á Juana y Lucía ya dispuestas y muy elegantes, á pesar de que sus vestidos habían sido reformados veinte veces. Pero Deneulín se sorprendió al ver que Negrel, á caballo, acompañaba el coche. ¿Cómo era aquello? ¿Iban hombres también? Entonces, la señora de Hennebeau explicó, con su afectuoso aire maternal, que la habían asustado, diciéndole que los caminos estaban llenos de gente de mal aspecto, y que había querido que llevasen un defensor. Negrel, sonriendo, procuraba tranquilizarlas; no había nada grave: amenazas y bravatas como siempre, pero nadie se atrevería siquiera á tirar una piedra al coche.

Deneulín, todavía gozoso con su triunfo, relató la reprimida sublevación de *Juan-Bart*, añadiendo que ya estaba completamente tranquilo. Y mientras las señoritas Deneulín tomaban el coche en la carretera de Vendome, todos estaban muy tranquilos pensando en lo que iban á divertirse aquel día, sin adivinar que allá á lo lejos, en el campo, se reunía el pueblo de mineros galopando en ademán hostil hacia *Juan-Bart*, lo cual hubieran podido oír pegando el oído al suelo, como hacen los escuchas.

—Conque quedamos—dijo la señora de Hennebeau—en que iréis á recoger á las niñas esta tarde á casa, y que comeréis con nosotros... La señora de Gregoire me ha prometido también ir á buscar á Cecilia.

—Contad conmigo—exclamó Deneulín.

El carruaje partió en dirección á Vendome. Juana y Lucía se asomaron á la ventanilla para despedirse con una sonrisa de su padre, que había quedado en medio de la carretera, diciéndoles adiós con la mano. Negrel, al trote de su caballo, se colocó á la portezuela del coche.

Atravesaron el bosque, y fueron á tomar el camino de Vendome á Marchiennes. Cuando pasaban cerca del *Tartaret*, Juana preguntó á la señora de Hennebeau si conocía la *Falda Verde*; y ésta confesó que, á pesar de vivir en el pueblo hacía cinco años, no había estado nunca por allí. Entonces decidieron dar un rodeo. El *Tartaret*, que se extendía bordeando el bosque, era un llano inculto, de una esterilidad volcánica, bajo la cual hacía ya siglos ardía una mina de carbón de piedra abandonada. Aquello se perdía en una leyenda que narraban los mineros de la comarca. Decían ellos que el fuego del cielo había caído sobre aquella nueva Sodomía subterránea, donde los hombres y las mujeres que trabajaban en la mina se entregaban á toda clase de excesos abominables, y que ninguno de ellos había podido escapar á tan terrible castigo. Las rocas calcinadas, de un rojo sombrío, se cubrían de manchas verdosas, que parecían de lepra. Algunos valientes que se atrevían de noche á asomarse á las grietas que se veían en la tierra, juraban distinguir unas llamas, que sin duda eran almas pecadoras consumiéndose en el fuego de aquel infierno subterráneo.

Luceillas errantes iban de una parte á otra por el suelo; veíanse todas las noches vapores caldeados que salían de la cocina del diablo. Y, semejante á un milagro de eterna primavera, en medio de aquel llano maldito, levantábase la *Falda Verde*, cubierta siempre de fresca hierba, y sembrada de trigo y de remolacha, dando hasta tres cosechas al año. Aquello era una estufa natural, caldeada por el incendio de las capas inferiores. Jamás se había visto allí nieve, porque al caer se derretía. Aquel enorme *bouquet* verde, junto á los árboles del bosque despojados de toda clase de hojas, no tenía ni siquiera señales de las heladas de Diciembre, que tanto daño hacían en el resto de la comarca.

Pronto rodó el carruaje por la carretera. Negrel se reía de la leyenda, y explicaba que á menudo se declaran incendios en el fondo de las minas á causa de la fermentación del polvo carbonífero, y que cuando no se pueden dominar al principio, no hay manera de apagarlos jamás: citaba el caso de una mina de Bélgica que habían inundado, variando el cauce del río para echar sus aguas por la boca del pozo de bajada. Pronto guardó silencio, al observar que numerosos grupos de mineros se cruzaban á cada instante con el carruaje.

Los obreros pasaban silenciosos, mirando de reojo aquel tren que les obligaba á echarse á un lado del camino. Por momentos iban aumentando tanto, que el cochero tuvo que poner los caballos al paso, para cruzar el puente del río Scarpe. ¿Qué sucede-

ría para que toda aquella gente recorriera la carretera? Las señoras estaban muy asustadas; Negrel empezaba á creer en algún tumulto preparado de antemano, y para todos fué un verdadero consuelo ver que, al fin, llegaban á Marchiennes sin contra-tiempo.



II.

EN *Juan-Bart*, Catalina estaba trabajando hacía ya más de una hora en el arrastre de las vagonetas; y tan fatigada se hallaba, que tuvo que descansar un momento para enjugarse la cara.

Chaval, que estaba en el fondo de la cantera arrancando carbón con sus compañeros, se sorprendió al notar que cesaba el ruido de las carretillas. Las linternas ardían muy mal, y el polvillo del carbón no permitía ver bien.

—¿Qué hay?—gritó.

Cuando élla le contestó que se sentía mala y que de seguro iba á reventar si seguía trabajando, él la contestó brutalmente:

—¡Bestia! Haz lo que nosotros; quitate la camisa.

Hallábanse á setecientos ocho metros de profun-